

La poesía como taller literario

Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

El humo de la noche rodea mi casa

HENRY ALEXANDER GÓMEZ
2017, 76 pp.

Polifonías dispersas

CAROLINA BUSTOS BELTRÁN
2018, 68 pp.

Desastre lento

TANIA GANITSKY
2018, 72 pp.

He escrito todo mi desamparo

HELLMAN PARDO
2019, 72 pp.

“LA POESÍA no se vende porque no se vende” rezaba el encabezado de una ya desaparecida revista bogotana de poesía, *El Aguijón*. La frase se la atribuía María Mercedes Carranza en su *Revista Casa Silva* al poeta chileno Jorge Montealegre, quizá como pretexto para poner en evidencia la situación de un buen número de publicaciones seriadas en el país desde los años ochenta (*Luna de Locos, Luna Nueva, Golpe de Dados, Puesto de Combate, Exilio, Ulrika*, etcétera, etcétera) y cuyo modelo económico entendía al pie de la letra dicha premisa. Justo hace unos años, las grandes editoriales han vuelto a poner sus ojos en la poesía luego de haberla tenido como una eterna Cenicienta, toda vez que en Colombia, como país “en donde uno levanta una piedra y aparece un poeta” –al decir de Fernando Vallejo– parece haber más poetas que lectores de poesía. Hoy por hoy vivimos en la era de los talleres de creación y los festivales de poesía, por lo que se creería que el género goza de buena salud. Random House, por ejemplo, viene publicándola en sus sellos Lumen y en su colección de Poesía Portátil (huelga decir, autores que ya pertenecen al canon y no tanto a las hordas de nuevos poetas); otro tanto sucede en Planeta y Seix Barral, al reeditar en marzo de 2020 a José Asunción Silva o publicar novelas sobre su muerte, caso de *Silva* del bogotano

Daniel Ángel. En este sentido, aparece en escena la colección *Un libro por centavos* de la Universidad Externado de Colombia, que para octubre de 2003 iniciara la publicación de ediciones diminutas de distribución gratuita que hoy por hoy cuentan con tirajes de 8.000 ejemplares por número y casi dos centenares de títulos. La colección alberga por igual nombres de vieja data, clásicos declarados, poetas contemporáneos entre famosos y emergentes, hasta invitados algo más jóvenes: en su mayoría dedicados a la docencia, la edición o la gestión cultural, como es el caso de estos cuatro poetas nacidos entre 1978 y 1986, e incluidos por el Externado en sus números 133, 147, 148 y 160. En ese orden, Henry Alexander Gómez, Tania Ganitsky, Carolina Bustos Beltrán y Hellman Pardo.

De entrada a *El humo de la noche rodea mi casa*, del bogotano Henry Alexander Gómez, varias cosas saltan a la vista. La primera, su ejercicio como formador de talleres de poesía, esto es, pensar la escritura creativa de una manera metódica, entender el concepto de imagen desde el ejercicio de la memoria: visitar aquellos lugares desde el ritmo y una nada caprichosa configuración del verso o su estructura profunda, caso particular de un autor dado a crear retratos de carne y hueso desde la prosa poética, véase *Diabolus in música* (Editorial Babilonia, 2014). Por un lado, el laboratorio de la poesía en Henry Alexander Gómez va de los temas circulares, como la infancia o los afectos, a la salutación intelectual y la metahistoria. Recoger –como en el poema “Parábola del padre”–, anécdotas familiares: “Padre siempre se sumerge en las más / extrañas empresas. / En un diálogo mudo con la vida, / en una incesante errancia / por el orden prohibido de las cosas / hizo de la derrota / su sello personal, / una enorme roca de aire para empujar cuesta arriba” (p. 10); recrear la instantánea de la naturaleza de un pájaro, “Contra la ventana / un pájaro / se da un golpe certero. / Bebe la sed de su alarido. / Aquieta sus alas. / Yo me aferro a su recuerdo / mientras olvido / la transparencia del aire...” (p. 34); hasta escribir sobre las pasiones librescas de todo escritor, sus retratos de Paul Celan o de Georg Trakl (por allí pasaron José Manuel Arango,

Roberto Juarroz, Cummings o Carlos Obregón), poemas cuyas atmósferas resultan evidentemente rehechas al ir de la poesía al microrelato, esto como un vicio de estilo evidentemente efectista, aunque no por ello vacío. Algo similar ocurrirá al leer algunas de sus postales de melómano –homenajes que escribe religiosamente para sus ídolos– y donde Gómez trae a escena, entre muchos otros, cantantes como Billie Holiday, “Bebe únicamente de la sombra del ángel, embriégate con la savia negra de árboles muertos” (p. 46) o Janis Joplin, “Inútil es viajar entre el olor de la ceniza, sepultar amapolas en las mandíbulas del ángel ciego” (p. 50), esto para llevarlo de las “altas cumbres” del poema-eucaristía al mito como paradigma: Jim Morrison o Ronnie Van Zant. Mas allá de este juego de caracteres y distintas escenografías, aparece de nuevo el yo que va a los recuerdos como quien recorre un pueblo fantasma, esto para recrear –desde el lenguaje–, algún trecho del tiempo, aquí el poema “En el vuelo de la vaca el viento revuelto en un sudario de espumas”:

Eran las mañanas y las tardes. Solía acompañar a mi abuela Ana a llevar y traer las vacas, del establo al potrero y del potrero al establo. Íbamos por la mitad del pueblo arreando las vacas que eran como dedos gordos de Dios. Yo y mis cinco años y la rama de un árbol haciendo de fusta. El sol trepaba por las manchas azules de las vacas y en su paso torpe un aliento desconocido empozaba la sílaba del sueño. Las piedras, las crestas de los árboles, un puñado de maderos y sus cercas. (p. 73)

Como antología, *El humo de la noche rodea mi casa* sintetiza las preocupaciones estéticas de un autor en busca de una voz “cargada de sentidos”, un poco siguiendo la premisa del quehacer poético pontificada por Ezra Pound. Más allá quedan los juegos de artificio y las máscaras de las que se sirve para que su sala de espejos no sea solo sincretismo o perfiles edulcorados por el cliché. En este camino es donde sus espectros tendrán que alimentarse eternamente del lenguaje.

RESEÑAS		POESÍA
<p>El siguiente título, <i>Polifonías dispersas</i>, de la poeta, narradora y profesora bogotana Carolina Bustos Beltrán, funciona de otra manera. En él, aquellas polifonías suenan como cantos plurales que hablan en una repetida aliteración de lugares y afectos que mantienen todos los instrumentos sonando a la vez, el <i>tutti</i> con brío donde la voz permanece arriba de todas las cuestiones que nombra, desde ese sabor a mar profundamente salino –así, redundante– hasta la negrilla que pone inconscientemente en palabras como húmedo, lascivo, salvaje; devaneos en aquel viaje constante por los lugares comunes del ejercicio literario que recuerdan lo clásico, París o Madrid revisitadas, poemas en prosa que hablan de ciudades desconocidas, formas decimonónicas como el “oh” que descuella en el poema igual al grito de un poema patrio, hasta jugar con los diálogos y las figuras literarias a modo de cuaderno de notas. Sin embargo, más allá de la ya confesa dispersión del volumen, varias cosas emergen en la lectura de esta autora. Podría dividir el libro en tres grandes cuerpos. El primero, el de esos cantos que saludan la naturaleza como metáfora intimista: “Tu ser hecho chubasco / busca refugio / dentro de mi piel; fuera la fuerza del viento / hostiga la noche”, luego viene a renglón seguido este verso hecho trizas: “nadie / es / ni / está. / Somos / charcos / desbordados de deseo” (p. 22).</p> <p>Aquí continúa el caluroso internarse por las <i>olas oceánicas</i> de unos cuantos versos más: “Indaguen en mi pecho / Escuchen bien adentro / Hallarán el eco marino. / Ausculten mi palpito / encontrarán / música, acordes de fado.” (“Marino (Dois)”, p. 18). En este mismo apartado aparecen otros poemas que ahora han reptado a la tierra para continuar con la función y hablar de pasiones, ahora en la figura de libélulas, leopardos y lobos: “Libélulas lascivas / atrapadas en el interior de un clavicordio antiguo, / insectos arrastrados entre cuerdas desnudas. / Leopardos infames / de mirada opaca / silencio, / teclistas sin mecánica observan mientras interpretan” (“Libélulas versus leopardos”, p. 26), y así sucesivamente hasta llegar al segundo bloque del libro que se inaugura con el poema “Boulevard Voltaire”. Este</p>	<p>apartado, en general, bosqueja la idea de una <i>belle époque</i> desde la escritura de pasajes algo artificiosos donde salta de la loa al híbrido de los estereotipos parisinos, “Mufetardo rampante va de un lado a otro / San Lázaro pierde su vara y no se deja guiar por su perrito / ven, camina pronto que allí está Nuestra Dama / rígida posa la foto y rim pam pam. / Voilà! / ¡Vuela! / C’est la vie! / ¡Se la vi! [sic] / Esa que viene de frente es ‘La cantante calva’ ” (“¡No importa qué!”, p. 35), poemas que viajan en un bus llamado Verne, Palacios, teatros, saluciones lacónicas al exilio y, desde luego, París, <i>toujours</i> París. El tercer y último gran tema y voz en el libro de Carolina Bustos aterriza un poco tanta endecha para, en todo caso, seguir labrando sobre suelo falso un álbum de viajes. Allí vemos el sueño de una Madrid otoñal, paseos por museos, la Maja desnuda, las Meninas, hasta un juego de anáforas a manera de vindicación de los lugares comunes en el discurso poético: “Fantasma: resquicio de algo que no se puede nombrar. / Fantasma: sombra imprudente que vagabundea sin rumbo. / Fantasma: cultivo masivo después de la decepción” (“Dícese de fantasma”, p. 67). En general, hay versos aquí y allá en medio de todo el simulacro de estilos en el que incurre este poemario. Bien vale para un ejercicio en clase.</p> <p>El siguiente libro es <i>Desastre lento</i> de Tania Ganitsky. Profesional en estudios literarios con maestría en filosofía y literatura, aparte de haber obtenido algunos premios que se mencionan en su biografía, colabora en revistas como <i>Otro páramo</i> y <i>La trenza</i>, esta última un reciente proyecto de literatura publicado a manera de fanzine que enmarca como tema la poesía escrita por mujeres en el país; adelanta además un doctorado en la Universidad de Warwick en Inglaterra y es traductora. De vuelta al tema de la poesía cerebral, los poemas de este libro trasiegan por un camino bastante cuidado que habla a voz en cuello de lo que significa ejercer la literatura no solo desde la creación: existe aquí una suerte de “Teoría lírica”, como el título de uno de sus poemas, con una tesitura y un registro bastante uniformes, aunque no por ello artificiales. Dice este poema –a modo de</p>	<p>greguería, como las de don Ramón Gómez de la Serna–, “La respiración de los animales dormidos simula la cadencia del fuego, pero solo remueve la ceniza” (p. 53). De cierta manera, hay lugares impostergables para los poetas y su poesía, como el ir escribiendo a otros escritores, quizá para crear ficciones en esos pliegues del tiempo que aparecen en blanco dentro de las enciclopedias que los nombran. Desde ese Pessoa al que muchos han resucitado a cada rato para ponerlo en situación –este poemario incluye a propósito del lisboeta una versión de su “Tabaquería”–, hasta el seguir los cortejos fúnebres de otros poetas olvidados en la marquesina de sus tumbas, lo que me lleva a subrayar este poema de Ganitsky titulado “Procesión fúnebre de Paul Celan”:</p> <p>Lo hallaron nueve o diez días después. Por aquí pudo haber flotado su cuerpo, delante de la cabeza de Orfeo, que iría recitando el kadish río abajo con un cuórum de espíritus errantes. Habrá imaginado que la pregunta con que nos invitó a leer cada poema: “¿De dónde viene y hacia dónde va?” sería la misma que se harían quienes lo buscaron en la incertidumbre de los días, la que recuerda una extranjera mientras se revuelven los dolientes en la corriente del Sena, el 22 de junio de 2016. (p. 14)</p> <p>Por allí, de camino a la auscultación de la muerte, Ganitsky también refrenda la naturaleza para buscar la imagen, acaso subrayar la mortalidad como un catalejo para llegar a buen puerto: “Los caballos no iban a vivir / tanto tiempo. / Pero encontraron ofrendas / en el sueño de los muertos. / Allí pastan, beben agua y, a veces, / se acercan a las manos / cubiertas de panela / que brotan como flores dulces / a su alrededor” (p. 18), o para instaurar un ápice de realidad que nos traiga de vuelta a las cosas simples, esto en poemas menos ambiciosos que, sin embargo, nos hablan desde las palabras de siempre: “Para enviarte</p>

POESÍA		RESEÑAS
<p>un barco de papel/ puedo dibujarlo o hacerlo en origami, / pero ninguna de estas formas haría sobrevenir / el barco más tuyo” (“Tu barco”, p. 36).</p> <p>A ratos me preocupa como lector el enfrentarme a un mismo poema escrito mil veces, esto en tanto hallar una especie de libreto interno, residuo de tantos talleres literarios, y encontrar de paso una plantilla para hablar de las cuestiones –según el uso y el abuso– “fundamentales”, esto es, escritos con los dobleces y artificios de las influencias y ortodoxias literarias. En Ganitsky parece subyacer una temática común, aunque aquí el intercambio polisémico resulta apropiado para no convertir la poesía en algo prefabricado que nombra el mundo desde una fórmula alquímica. En todo caso, la presunción académica se reviste de sensato intimismo y con ello se hace posible fluir para no convertirse en un cuerpo inerte, caso del poema en prosa que escribe a una de sus poetas predilectas:</p> <p>Podría leer una hora más sobre Emily Dickinson, o quizás uno de sus poemas. Mejor trataré de olvidar uno para asombrarme de nuevo y hacerle miles de preguntas. ¿En qué aguas pescas las palabras? ¿Mientras esperas a que muerdan el anzuelo, te distraen las medusas que flotan alrededor? ¿Las muerdes tu primero? Empecé a escribir este poema para olvidar uno tuyo y el oleaje nos aproximó. Mira lo cerca que estamos: el barco averiado en que saliste a pensar se hundió justo aquí y no sé si nos salvamos. (p. 35)</p> <p>Este intimismo reduce los pies de página al mínimo y nos permite abordar el poema más allá de la erudición, “Soy un modelo de soñadora / insostenible. / En tiempos / en los que solo podría vivir / de otra manera, / no puedo vivir de ninguna manera”, esto hasta dar con lo que devela un poco el nombre del poemario, “Mi imaginación / guarda todos los fracasos / para las cosas importantes” (“Deseo de ser Piel Roja”, p. 58).</p> <p>He obviado las notas de contracarátula de estos libros para no usar el chip de mercadeo que por lo general caracteriza estos bocadillos editoriales, pero he de rescatar el único comentario que en este libro dice algo</p>	<p>concreto, “Aquí hay tensión filosófica, temperatura idiomática y tratamiento crítico de la imagen”. El comentario lo hace el escritor Juan Cárdenas y con él estoy sumamente de acuerdo. El resto de notas no parece decir nada de fondo, con lo que recuerdo lo que un editor muy conocido en la escena colombiana me dijera sobre algunos prólogos y prologuistas en el país, “Hay prólogos que es mejor no escribirlos”, como aquel que inicia con un “Este libro es como el vuelo de un pájaro”. Me quedé sin enterarme qué quiso decir el prologuista con semejante verso. Para concluir con <i>Desastre lento</i>, queda por examinar su llamado a cosas como la animalidad, el fuego o lo indígena, lo primigenio: “Veo a los caballos / enracerse / alrededor de la hoguera. / Como si recordaran / una vida vieja / en la que habrían amado / junto al fuego” (p. 71).</p> <p>Como último libro de esta selección de <i>Un libro por centavos</i>, se incluye el título <i>He escrito todo mi desamparo</i> del bogotano Hellman Pardo. Graduado de Ingeniería Electrónica de la Universidad de Cundinamarca, Pardo ha sido sobre todo artista formador en literatura y gestor cultural. Luego de cinco libros de poesía, publica en 2018 su primera novela, <i>Lecciones de violín para sonámbulas</i> (Uniediciones). La antología de esta colección recoge indistintamente poemas de estos libros sin proponer un corpus de tiempo para entender mejor lo que a mi parecer constituye su propuesta estética. Por un lado, se incluyen poemas del baúl familiar que revisan, a manera de confesión, trasuntos de su vida hechos retrato y donde la palabra “derrota” cobra un valor tangencial que habrá de marcar sus escritos futuros, poemas declaradamente confesionales escritos a manera de edicto; en segundo lugar aparece el poema que habla de la violencia colombiana y que sirven de guiño a aquel <i>Canto de las moscas</i> de María Mercedes Carranza –Jamundí, Urrao, La Horqueta, Bojayá–; luego hallamos el poema como educación sentimental literaria (otro lugar de culto en los poetas de esta reseña, afectos a los talleres literarios y a nombrar a sus escritores amados); y finalmente, el experimento que significa la publicación de uno de sus libros, <i>Reino de peregrinaciones</i> (Premio Nacional de Poesía</p>	<p>Eduardo Cote Lamus, 2017), escrito como un largo poema que narra una ciudad imaginada, quizá inspirada en la escuela que para él significaría, según se infiere en uno de los poemas de este libro dedicados a este autor, los llamados <i>Poemas de Sidney West</i>, escritos por el argentino Juan Gelman. En estos, el ejercicio consiste en inventar un <i>otro</i> y dibujar a su alrededor un entorno narrable a manera de novela tramada tras bastidores. En este ir y venir que significa la antología, aparece el juego verbal y metalingüístico a la vez que secretamente se nos cuentan asuntos de familia, de la historia o de la ficción, aquí trasfigurados por la entelequia de las figuras literarias. En este primer momento personal, subyace el amor o la relación con la imagen del padre visitados desde los dobleces del lenguaje:</p> <p>Ya ves: oculto entre sombreros de paja que han volado hacia la resurrección de los muertos, contraído como un niño sin el pezón de Dios, seco, prisionero en el comercio de la pérdida, abatido en la inmolación creada por la ceniza y el fuego, tridente de granero, baúl de lo rotundo, oscura honda que a fuerza de extenderse fractura la soledad de las piedras, repudiado en el yunque donde se arquea la domesticación de la bestia, invisible con sus múltiples ruidos escuchándose en el maullido de los gatos se encuentra, colgado en su patíbulo, el amor. (“El ahorcado”, p. 43)</p> <p>Algunos de sus poemas consienten en contarnos historias de hombres y mujeres humildes a través de la invención de universos que focalizan sus rutinas, como si un primerísimo plano nos diera la posibilidad de poner de relieve las pequeñas cuestiones que hablan de la belleza de una manera rilkeana (entre lo simple y el horror). Aquí no se romantiza el campo de manera burguesa, más bien se trata de una observación plagada de lirismo:</p>

“En el pabellón de cancerosos alguien grita / y nadie asiste. / La enfermera anda cabizbaja / buscando unos ojos compasivos, / un cuerpo que advierta su existencia / inmaculada” (“Monólogo de Joaquín Ronderos”, p. 48). Como tema dominante en los cuatro poemas de esta reseña, no podría faltar el poder simbólico de la naturaleza, “Los Andes, / ruido de hojas. / La cordillera / abre sus ojos de agua, / vacila, / teme que la niebla sea / un crimen más en la savia floja de los pinos” (“Niebla”, p. 52). Y es esa misma naturaleza la que brinda poder estético a la empresa que Pardo se propone aquí: “De la batalla conocí el temblor de las magnolias / en tiempos de sequía. / Intuí el estrago de un amor calcinado, / la desolación en los ojos de las muchachas / que acostumbran a hacer el amor / con soldados en el confesionario de San Bartolomé” (“Víctor Suárez, el guerrillero”, p. 38).

Abunda en los poemas de *He escrito todo mi desamparo* el sino hiperrealista que connota o transfigura una serie de cuadros de costumbres que van del plano general al detalle, ir del bosquejo de un país imaginado al reproche o la denuncia como formas poéticas vitales; también de los libros leídos a las anécdotas de una experimental picaresca, como podrá verse en los dos últimos poemas del libro. Por un lado, aparece el poema “Sobre pájaros, árboles y sombras”, en donde leemos una nueva forma de crónica sobre la fauna y diatribas del “poetariado” colombiano: “En un festival de poesía / de cuyo nombre no quiero acordarme / le mencionaba a Balam Rodrigo / que desde el siglo de las colonias / la poesía está infestada de pájaros, árboles y sombras. /— ¿Cómo no cantarles a los pájaros?, me dijo”. (p. 67), para finalmente llegar al encuentro de todos sus afectos literarios, en el poema “Gelman por Hellman”, un texto escrito simulando un poco la escritura del autor argentino: “y soy Hellman / y sos Gelman / ¿y a qué viene todo esto? / todo porque un día sentí a una Ofelia en el amor crecido / todo porque soy irremediamente triste como la Ofelia / como vos / como el amor desamado / como Juan / como yo” (p. 72).

Carlos Andrés Almeyda Gómez